

mismo creia. Solo que su candidato estaba muy lejos, fuera del círculo de su poder, y aunque hubiesen tenido un trono que brindar á Napoleon II, no era probable que el Austria le permitiese aceptarlo.

El partido republicano.

Oh! este era el que inspiraba mas serios temores. Menos considerable quizá que los otros dos en los momentos en que la revolucion de Julio habia estallado, se habia fortalecido despues, y comprendia que ya necesitaban contar con él. Ademas, su fuerza provenia de su conviccion: cierta voz interior le decia que el porvenir era suyo. No se habia manchado con los excesos del 93, y estaba libre de las persecuciones de la cámara. Le faltaba experiencia, es verdad, pero qué le importaba si estaban dispuestos á morir para derribar los obstáculos que su misma inesperienza podria suscitarles? Tenian valor, adhesion, probidad; qué mas se podia pedir á hombres que no deseaban destinos, oro ni honores?

El alma, el núcleo mas poderoso del partido republicano estaba en la artillería de la guardia nacional.

La artillería de la guardia nacional se componia de cuatro baterías.

La segunda, á las órdenes de Guinard y de Cavaignac, y la tercera á las de Bastide y Thomas, pertenecian enteramente al partido republicano.

El duque de Orleans, colocado como simple artillero en la primera, habia estendido en ella y en la cuarta, algunas semillas, no de reaccion, pero sí de adhesion al rey. Y sin embargo, á pesar de la presencia del príncipe, podiamos contar con cerca de una tercera parte de los soldados que componian ambas baterías.

Ademas, la artillería llamaba la atencion por su buena disciplina y porte, y por el ardor con que se entregaba á los ejercicios. A las seis de la mañana en el verano y á las ocho en el invierno, efectuaban sus maniobras en los patios del

Louvre, donde estaban colocadas las piezas, y muchas veces en Vincennes, hemos luchado quizás con ventaja en los ejercicios de fuerza y destreza con los artilleros permanentes.

En la artillería tenia fijas sus miradas el gobierno.

---

## CAPÍTULO LI.

---

**E**NTRETANTO murió Benjamin Constant.

En los últimos dias de su vida habíanse contado de él cosas estrañas: se habia dicho que su adhesion al gobierno de Julio le habia valido cuatrocientos mil francos. ¿Era esto verdad, ó era obra de la calumnia que queria manchar tan grande y bien sentada reputacion? La realidad era que Benjamin Constant habia muerto en la mayor miseria, y que, en los últimos dias de su existencia, habia tenido que buscar mas de una vez en el pan desdeñado la víspera, el sustento del dia siguiente.

Benjamin Constant tenia un defecto, ese defecto que no presta á un hombre seguridad alguna ni en su honor ni en su conciencia, ni en su vida. Era jugador.

Pero el dia en que la noticia de su muerte se estendió en Paris, lo mismo que el dia en que murió Mirabeau, todo se



olvidó. Cien mil hombres acompañaron el convoy, el carro fúnebre se llevó arrastrando, una porción de jóvenes entusiastas gritaron: *Al Panteon!* y hubo necesidad de que interviniese la fuerza armada para que el convoy tomase otra vez el camino del cementerio del que se había separado.

Todos estos acontecimientos eran vapores aislados que iban uno á uno á engrosar y robustecer el huracan próximo á bramar sobre el Luxemburgo.

El 15 de Diciembre principiaron los debates. Desde las ocho de la mañana la multitud llenaba el salon de sesiones, y pululaban en las avenidas del Palacio.

Es que el pueblo comprendía por instinto que en el proceso de los ministros juzgaban su propia causa. Si los ministros salían absueltos ó condenados á cualquiera pena que no fuese la muerte, el rey de las barricadas renegaba á los ojos de la Europa de la revolucion de Julio.

Así pensaba M. Mauguin, uno de los jueces instructores.

Interrogado sobre que género de castigo debía imponerse á los culpables, había respondido: ¡la muerte!

Era preciso que el sentimiento de una gran cuestion vital para la revolucion, se ocultase bajo esta palabra, *la muerte!* para que tantos labios jóvenes y generosos, la repitiesen en medio de amenazas y maldiciones.

Conocidos son los pormenores de ese proceso, durante el cual mas de una vez los gritos lanzados fuera del Palacio, conmovieron en sus asientos á jueces y acusados.

El proceso duró desde el 15 al 21, y apesar de todas las precauciones tomadas, cada dia crecia mas y mas la multitud que esperaba el fallo.

Este no debía pronunciarse delante de los acusados: hicieronlos salir, y se les anunció que iban á conducirlos de nuevo á Vincennes.

Al oír esto, contempláronse perdidos. Durante todo este último dia no habían cesado de sonar los tambores, ni de oírse gritos de muerte.

M. de Montalivet, ministro del interior, que había recibido orden del rey para hacer conducir á los prisioneros sanos y salvos hasta Vincennes, escogió al coronel Ladvocat para dividir con él un tan peligroso honor.

—Caballero,—le dijo cuando llegó el momento de obrar, —vamos á trabajar para la historia; tratemos, pues, de que sea en honor de la Francia.

M. Ladvocat recibió los prisioneros de manos del conserje: un carruaje los aguardaba en la puerta del pequeño Luxemburgo.

Al momento que aparecieron en la puerta, algunos hombres se lanzaron por las otras avenidas del Palacio, gritando:

—Ya se ha pronunciado el fallo! los ministros están condenados á muerte!

Yo me encontraba en medio de esa multitud febril, y recuerdo todavía la esplosion de triunfo que se escuchó entre aquellas masas á las temibles palabras:

—A muerte!

Fué un inmenso grito que resonó en todo Paris, aumentándose sin cesar, como repetido por los ecos, se aumentó en un valle de Suiza, el horroroso ruido del trueno.

Mientras tanto, el carruaje que encerraba á los prisioneros ganaba la calle de Madama, donde, á las órdenes del coronel Favoyer esperaba un destacamento de doscientos caballos.

El carruaje era ligero y partió al galope. Temblaron las calles bajo las herraduras de los caballos, y á poco toda aquella tropa, semejante á un torbellino, lanzóse hácia los *boulevares* exteriores y desapareció.

De repente esparcióse entre el pueblo la voz de que los ministros no estaban condenados á muerte, sino solo á prision perpetua, y que, por orden del rey, acababan de favorecer su partida.

El cambio fué instantáneo: á los gritos de triunfo sucedie-



ron los gritos de rabia, y con un solo movimiento, lanzóse la multitud sobre las bayonetas de la guardia nacional que defendía el Palacio.

Entretanto, M. de Montalivet enviaba al rey este billete desde la barrera del Trono:

“Sire: estamos ya á la mitad del camino: algunos minutos mas, y llegamos á Vincennes y todo se salva.”

Esto pasaba precisamente en el momento en que se llegaban á las manos en las calles de Tournon y de la Delfina, y en la plaza del Panteon.

Era tal el tumulto que los pares, al oirlo, habian tenido miedo, y unos por un lado y otros por el otro, habian escapándose todos.

A las diez, M. Pasquier entró en el salon de audiencias; estaba desierto, y á la débil luz de un quinqué medio apagado, y ante las bancas vacias fué como leyó el fallo de la Corte.

Hácia la misma hora, es decir, á las diez se escuchó un cañonazo.

Este cañonazo anunciada al rey que los prisioneros habian llegado sanos y salvos á Vincennes.

Pero nosotros que ignorábamos su significado, lo tomamos por una señal: así es, que sonó el grito de *A las armas!* y cuantos portaban el uniforme de artilleros se precipitaron hácia el Louvre.

En el camino encontramos á La Fayette que luchaba inútilmente con un peloton de gente del pueblo.

Éste pedía, entre terribles imprecaciones, la muerte de los ministros.

—Amigos míos! amigos míos!... decía La Fayette, no reconozco en vosotros á los valientes de Julio.

—Bien lo creo! exclamó un hombre del pueblo—porque vos no estabais entre ellos.

Esta frase debió parecer muy dura al pobre comandante

general. Era la segunda revolucion en la que miraba zozobrar su popularidad.

Nosotros le rodeamos: nuestro uniforme de artilleros inspiraba respeto, porque la artillería pasaba por republicana: le sacamos de entre la multitud y seguimos nuestro camino hácia el Louvre.

Llegamos precisamente en el momento en que se habia dado orden de cerrar las rejas: aun pudimos entrar, pero se cerraron tras de nosotros.

Encontramos á nuestros camaradas vivamente agitados. Se habia tratado de hacer un movimiento sobre el Palacio Real. Teníamos municiones para veinte mil tiros de cañon, y nos hallábamos á cosa de trescientos pasos del castillo.

El pueblo estaba furioso: la guardia nacional exasperada: habíamos encontrado á muchos hombres arrojando sus fusiles en las calles, y á otros quebrando sus sables con cólera.

Ciertamente, el momento no podia ser mas á propósito para dar un golpe vigoroso, y este golpe parecia estar decidido.

De repente un artillero se aproxima á nosotros. y nos anuncia que han quitado las S de las piezas.

Nos precipitamos al parque: ponemos una pieza en movimiento, y en efecto, una de las ruedas se suelta y la pieza cae.

Cien voces preguntan á la vez: ¿Quién ha hecho esto?

Tres ó cuatro voces contestan que el comandante Barre.

Al instante se precipitan hácia él. Hace una señal á la cuarta batería y á la primera, que, como es sabido, eran orleanistas: Bastide hace otra y la tercera batería se presenta con sable en mano. Bastide y el comandante Barre se ven próximos á sostener un combate particular; pero el comandante cede y ofrece que va á hacer colocar otra vez las S.

En efecto, un cuarto de hora despues las S estaban ya colocadas.



Entonces entran todos en tumulto al cuerpo de guardia.

Acércanse al rededor de una mesa en la que el gefe de la segunda batería redacta una proclama. Concluida ésta un artillero sube sobre una mesa y empieza á leerla; pero otro artillero, Grille de Beuzelin, se la arranca de las manos y la desgarrá.

Síguese una escena tumultuosa en que se cambian citas y desafíos para el día siguiente.

Pero el golpe no se ha dado, y la artillería ve reunirse en el muelle, en la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois, en la calle del Gallo y en la plaza del Carrousel, tres ó cuatro mil hombres tanto de guardia nacional como de tropas de línea que rodean al Louvre.

Se distribuyen municiones, y se espera.

Todo el siguiente día permaneció la artillería encerrada.

El 23 en la mañana todo estaba casi concluido: la hora solemne del trono de Julio aun no habia sonado, y sin grandes luchas, con solo la influencia de la guardia nacional, vuelta al órden por medio de su comandante general, el alboroto se dispó completamente.

El mismo día 23 en la tarde, M. Dupin pedía que la cámara dirigiese un voto de gracias á la guardia nacional de Paris.

Al día siguiente se abolia por la camara de Diputados el título de comandante general de la guardia nacional del reino.

La Fayette quedaba destituido como sub-prefecto.

Es verdad que el ministerio acordaba se dejase al rey en libertad de poder ó no conservarle el título de comandante honorario.

Lo que habia mas estraño es que la cámara habia escogido para destituir á La Fayette el momento en que este velaba sobre la tranquilidad pública que acababa de restablecer.

En la víspera, el rey le habia escrito:

“Me dirijo á voz, mi querido general, para trasmitir á

nuestra valiente é infatigable guardia nacional la espresion mas viva de mi admiracion por el celo y la energia con que ha mantenido el órden público y prevenido nuevas turbaciones: pero á vos es á quien debo daros mas gracias, mi querido general, á vos que acabais de dar de nuevo, en estos dias de pruebas, ejemplo de valor, de patriotismo, y de respeto á las leyes, como lo habeis hecho tantas veces en el curso de vuestra larga y noble carrera.

“Manifestad en mi nombre el gozo que me posee por haber visto renacer esa hermosa institucion de la guardia nacional, que se nos habia casi quitado, y que ha vuelto á levantarse mas brillante, mas fuerte y con mayor patriotismo, mas bella y numerosa que lo habia estado nunca, tan luego como las gloriosas jornadas de Julio han roto para siempre los lazos con que habian creido poder aniquilarla. A esa grandiosa institucion está encomendado el asegurar el triunfo de la causa sagrada de la libertad, haciendo respetar afuera nuestra independencian nacional, y en el interior preservando á las leyes de todo atentado. No olvidemos que no hay libertad sin ley y que no hay ley cuando una fuerza cualquiera llega á paralizar su accion ó á sobreponerse á ella.

“Tales son, mi querido general, los sentimientos que os ruego manifesteis de mi parte á la guardia nacional. Yo cuento con que ella y vos continuareis en vuestros esfuerzos á fin de que nada turbe esta tranquilidad pública de que Paris y la Francia necesitan tanto y que tan esencial es mantener.

“Recibid al mismo tiempo, mi querido general, las seguridades de la sincera amistad que sabeis os profesa

LUIS FELIPE.”

Hay personas á quienes se debe tanto, ha dicho madama de Sévigné, que solo se las puede pagar con la ingratitud.



La monarquía acababa de saldar sus cuentas con La Fayette.

Tan pronto como La Fayette supo el voto de la corona, envió al rey su dimisión concebida en estos términos:

“25 de Diciembre de 1830.

“Sire: la resolución que tomó ayer la cámara de diputados, con el consentimiento de los ministros del rey, suprimiendo la comandancia general de guardias nacionales en el momento en que iba á votarse la ley respectiva, manifiesta bien claramente los sentimientos de dos ramas del poder legislativo, y sobre todo los de aquella á que tengo la honra de pertenecer. Creería faltáros al respeto si aguardase á mas formalidades para enviar al rey, como lo hago, la dimisión de los poderes que me habia confiado. Vuestra Magestad sabe, y la correspondencia del Estado mayor lo probaria si fuese necesario, que su ejercicio no ha sido tan ilusorio hasta hoy, como se ha dicho en la tribuna. La patriótica solicitud del rey proveerá á todo, y, por ejemplo, seria muy importante calmar, con las ordenanzas que la ley deja á su disposición, la inquietud que ha producido la división de los batallones rurales y el temor de ver reducirse la artillería ciudadana, á obrar solo en las plazas fuertes y en las costas.

“El presidente del consejo ha tenido á bien proponerme el título de comandante honorario; pero debe conocer, y lo mismo juzgará V. M., que esas condecoraciones nominales no convienen á las instituciones de un país libre ni me convienen á mí.

“Al depositar con respeto y gratitud en las manos del rey, la única ordenanza que me concedió la autoridad sobre los guardias nacionales, he tomado las precauciones necesarias para que no padezca el servicio. El general Dumas recibirá las órdenes del ministro del interior, y el general Carbon-

nel distribuirá el servicio en la capital, hasta que V. M. le reemplace.

“Ruego á V. M. se digne admitir el cordial homenaje de mi adhesión y mi respeto.—La Fayette.”

Al día siguiente recibió del rey esta carta, digna compañera de la dirigida á Laffitte:

“Recibo en este instante vuestra carta, mi querido general, que me ha afectado tanto como me ha sorprendido *por la decisión que tomáis: aun no he tenido tiempo de leer los periódicos*. El consejo de ministros se reúne á la una: entonces estaré libre y podré veros entre cuatro y cinco y hacerlos desistir de vuestra determinación.”

*El rey no habia tenido tiempo de leer los periódicos. El rey estaba sorprendido y afectado con la decisión del general cuando la tal decisión le habia sido pedida por un acuerdo de la cámara.*

Esta carta revelaba una fría impertinencia ó una rarísima distracción.

El 26 de Diciembre, es decir, al siguiente día, se publicó en los periódicos y se fijó en las esquinas de París, la siguiente proclama:

“Valientes guardias nacionales, mis queridos compatriotas! dividireis mi pesar al saber que el general La Fayette ha creído deber presentar su dimisión. Yo me lisonjeaba de verle mas largo tiempo á vuestra cabeza, animando vuestro celo con su ejemplo y con el recuerdo de los grandes servicios que ha prestado á la causa de la libertad. Su dimisión me es tanto mas sensible cuanto que aun no hace muchos días, ese digno general tomaba una parte gloriosa en el mantenimiento del orden público que habeis tan noble y eficazmente protegido durante las últimas agitaciones. Me queda el consuelo de que no he desperdiciado medio alguno para evitar á la guardia nacional un sinsabor tan grande, y á mí un pesar tan verdadero.

LUIS FELIPE.”



La cámara había matado dos pájaros con una pedrada: al saber la dimision de La Fayette, Dupont (de l'Eure) presentó la suya.

En esta vez se apresuraron á aceptarla.

Cinco dias despues lord Stuart, embajador de Inglaterra, se presentó con motivo del año nuevo, á hacer su visita diplomática al rey, y como le felicitase por la habilidad con que había sabido evitarse los distintos embañazos que se le habían opuesto en el año de 1830:

—Sí, le contestó Luis Felipe—las cosas, en efecto, no se han arreglado tan mal.

Luego, en voz mas baja, y sonriéndose:

—Tengo todavía dos medicamentos de que hacer uso, y todo acabará bien.

Estos dos medicamentos, eran Laffitte y Odilon Barrot, únicos representantss de la revolucion de Julio que se sostenian en el poder.

Así se deslizó en el inmenso abismo de la eternidad el memorable año de 1830.

## CAPÍTULO LII.

Con nuevas turbaciones comenzó el año de 1831. El aniversario del asesinato del duque de Berry sirvió de pretexto á algunos motines que duraron tres dias, y que dieron

por resultado la devastacion de la iglesia Saint-Germain-l'Auxerrois, el pillage del Arzobispado y la desaparicion de las lises del escudo real.

La devastacion de la iglesia Saint-Germain-l'Auxerrois, y el pillage del Arzobispado fueron un sacrilegio: la desaparicion de las lises, borradas publicamente de todos los coches del rey, fué una afrenta.

Yá Luis Felipe había tratado de hacer creer que era Valois y no Borbon.

Ahora era confesar que no era ni Borbon ni Valois.

Todo esto pasaba bajo un nuevo ministerio. Luis Felipe había echo uso de su primer medicamento; había quitado á M. Laffitte.

Veamos como habían sucedido tantas cosas y con que motivo el ex-propietario de la selva de Breteuil había hecho dimision de la presidencia del consejo.

La Francia, desde el alto de la tribuna y por el organo de su presidente del consejo, había proclamado el sistema de la no-intervencion en estos términos:

“La Francia no permitirá que el principio de la no-intervencion llegue á violarse, pero se esforzará tambien para impedir que se comprometa una paz que podia haberse conservado.

Si se hace inevitable la guerra, es preciso que se pruebe á la faz del mundo que nosotros no la hemos querido y que solo la hemos aceptado por que se nos colocaba entre ella y el abandono de nuestros principios. Seremos mas fuertes si al poder de las armas unimos la conviccion de nuestros derechos: continuaremos tratando de arreglos pero apercibiendo nuestras armas. Dentro de muy poco tiempo tendremos, ademas de nuestras plazas fuertes, quinientos mil hombres de guerra bien armados, bien organizados, y con buenos gefes: un millon de guardias nacionales los apoyarán, y el rey, si es necesario, se pondrá á su cabeza. Marcharemos unidos, fuertes con nuestro derecho y con el poder de nuestro principios. Si la tempestad estalla á la